

ignorancia impulsadas por un celo indiscreto y á veces falso. La defensa de las verdades de la Religion figura entre las tareas mas santas que proponerse pueda un cristiano; pero la caridad prescribe que se hermane la apología de la fe con las debidas consideraciones á la preservacion de las almas sencillas.

Los sostenedores de la Religion tienen de su parte las ventajas inseparables de una causa de justicia y de verdad; pero los adversarios poseen tambien en alto grado, el talento de adulterar los hechos, de emplear especiosos sofismas, y de cubrir con velos seductores las doctrinas mas peligrosas y repugnantes. En una lucha de 18 siglos, se han amaestrado de una manera muy notable en el manejo de las armas que les son propias; y desgraciadamente encuentran siempre en el hombre una disposicion favorable, un aliado natural, en el orgullo, en el espíritu de novedad, y en la perversidad de nuestras inclinaciones. La fe es ahora, y ha sido en todos tiempos un sacrificio; y un sacrificio es siempre costoso; pero lo es mucho mas en el siglo en que vivimos, cuando son tantos y tan fuertes los incentivos que nos inclinan al escepticismo y á la incredulidad. Esa exageracion de las facultades del espíritu humano, ese prurito de sujetarlo todo á riguroso exámen, esa arraigada costumbre de trastornarlo todo, haciendo que pronuncien sobre las materias mas graves y delicadas jueces mal informados é incompetentes, esa nube de sofismas, de calumnias, de imposturas de todos géneros, con que los enemigos de la Religion se esforzaron y se esfuerzan todavia en abrumarla; ese escepticismo, ese indiferentismo que han cundido de una manera tan lastimosa en la sociedad moderna; ese funesto conjunto, trae consigo un inminente riesgo de extraviar el espíritu del fiel, si no procura fortalecerse con esmero y ahinco contra los repetidos y rudos ataques que á cada instante se halla precisado á sostener. Hubo un tiempo en que bastaba aprender la enseñanza de la Religion; ahora es indispensable poseer á fondo la ciencia que nos demuestra los cimientos en que

se apoya, que nos hace capaces de dar razon de nuestra fe en el tribunal de la filosofía. Este es un hecho cierto, innegable, patente; en vano intentaríamos desconocerle; nuestra ceguera produciria gravísimos daños á la causa de la Religion, dejando de parte de sus enemigos una superioridad que no les podemos permitir. No nos entreguemos á peligrosas novedades, pero si es necesario, defendamos lo antiguo con razones nuevas: la verdad es una, pero los argumentos con que se la puede defender son innumerables; porque emanada del mismo Dios, se enlaza con todo cuanto existe en el cielo y en la tierra; y á mas de la revelacion, á mas de la infalible palabra divina, hallamos en la naturaleza, en la historia, en la filosofía, bien templadas armas para aterrar á los enemigos de la verdad. Los cielos cuentan la gloria de Dios, y las obras de sus manos las anuncia el firmamento; la criatura lleva el sello del Criador; la incredulidad se empeñó en hacerla mentir, pretendiendo que diera testimonio contra la mano que la dió el ser; ella no ha podido ser tan ingrata, no ha podido negarse á sí propia. Interroguémosla nosotros tambien, seguros de que cuanto mas á fondo penetraremos sus secretos, descubriremos mas y mas la inefable armonía que enlaza la naturaleza con la gracia, la razon con la fe, la historia de la humanidad con la historia de la Religion, el porvenir del humano linaje con los destinos de la Iglesia católica.

— J. B.

UN CASTILLO Y UNA CIUDAD.

I.

— Encumbro hasta las nubes mi frente soberana; mis plantas besan el mar: al rugir la tormenta, miro con desden alzarse las olas embravecidas que se estrellan á mis

piés. La hermosa llanura de Barcino me sirve de riquísima alfombra, y cuando el mar en calma se tiende sosegado en su lecho, los navegantes que se dirigen á la orilla, dirían que tengo mi asiento en estrado de bruñido y resplandeciente cristal.

Al rayar la aurora, relumbran en mis sienes los primeros destellos de su luz; y antes que el sol naciente convierta el mar en un lago de fuego, me paga su tributo esmaltándome de perlas y de oro.

En la oscuridad de la noche, me columbra el marinero cual gigantesca fantasma que guarda las entradas de la tierra; ¡guay de quien se aproxime, no queriendo yo!

Orladas mis sienes de antiquísima muralla, la llevo arosamente sobre mi cabeza, como un antiguo conquistador su capacete de hierro; entregados al viento no flotarían con tanta majestad sus penachos, cual sobre mis soberbios baluartes el pabellon de Castilla.

El bramido del trueno no es tan terrible como mi voz; mis saludos hacen temblar la tierra, y retumban á lo lejos en la inmensidad de la mar; cuantos vivientes hay á largo trecho se estremecen y azoran; el labrador suspende sus faenas y contempla la llama y humareda de mis fuegos, cual inflamado aliento que lanzará entre los mugidos de su cólera espantosa fiera.

II.

¿Veis la reina de Cataluña, la mas preciosa joya de los monarcas iberos que yace á las orillas del mar, semejante á una riquísima concha que las oleadas arrojarán á la playa? Es mi esclava.

—No soy tu esclava.

—¿No sabes que mientras yo quiero, alegre y bulliciosa retozas á mis piés, cual niña juguetona á los de su ama; y que en alzando mi voz aterradora, no se estremece mas vivamente la endeble caña?

Si en día de alborozo y gala retumba mi bramido sobre tu cabeza, tus edificios se conmueven, retiemblan tus cristales, tus doncellas palidecen, y el niño sobresaltado, corre lloroso y vacilante en busca del regazo de su madre.

—No soy tu esclava.

—¿No eres mi esclava? un día, solo un día me indigné contra tí: ¿no lo recuerdas? ¿olvidaste aquellas horas en que mis bocas formidables rebramaban enfurecidas, derramando sobre tí torrentes de fuego, é inundándote con espesa lluvia de hierro candente?

¿No eres mi esclava? ¿Tan en breve olvidaste el estridor horrísono de los descomunales proyectiles que yo te arrojaba, mas ligero que el niño al lanzar las piedras de su honda? ¿Olvidaste, cuando se alzaban rápidos hasta la region de las nubes, y suspendidos sobre tu cabeza parecían buscar la víctima, y blandían su inflamada cola á manera de aciagos cometas? ¿Olvidaste cuando descendían, veloces como el rayo; y el estrepitoso hundimiento de los techos, y el desplomarse de los edificios, y el espantoso estallido al reventar saliendo de las entrañas de la tierra?

¿No eres mi esclava? y bandada de tímidas palomas no se dispersan mas presto al estallar el arma del cazador que tus hijos al retronar mis cañones!

Esas fábricas que orgullosa levantas, ostentando tus tesoros y opulencia; esos vistosos edificios donde preparas suntuosas y brillantes moradas, do pasar puedas las horas en que te embriagas de placer, reducir las á pavesas está en mi mano: si me place, en breves instantes tu hermoso cielo cubrirse há de la polvareda de las ruinas; y envuelta en nube de humo, contemplarán con espanto los países comarcanos, que Barcino está ardiendo cual despreciable pajar.

III.

—En paz y armonía, largos siglos viviéramos; y el cebarte en mi destrozo, y el insultar mi llanto, y el alzarte

erguido sobre mí, cual buitre sobre su presa mirando si respira aun, posible no creyera. Si á dominacion extraña trasladado te hubiese traicion alevé, entonces y solo entonces sospechara que tus fuegos pudieran dirigirse contra mí.

En día infausto, sacudiendo sobre mi seno la fatal discordia su viperina cabellera, de sangre regó mis calles; cegados de insana cólera pelearon hermanos contra hermanos, con la impetuosidad y bravura que los terribles trances recordaran de las huestes de Berwick. Si en la aciaga hora en que revolcándose en su sangre las infortunadas víctimas del popular coraje clamaban venganza, llamado te creíste á socorrerlas, continuaras vomitando el fuego que ya entonces comenzaste; viera yo armas contra armas, furor contra furor. Pero cuando amansada la popular tormenta, quedaron mis calles desiertas y solitarias mis murallas; cuando tantos de mis hijos en atropellada fuga se esparcieran por la campiña, esperando con angustiada impaciencia el desenlace de tan funesto drama; cuando pacífica y sumisa franqueara yo mis puertas, tendiendo á los sitiadores una mano amiga; cuando de la lealtad de mis palabras ofreciera tan seguro garante en mediadores esclarecidos; cuando mi venerable pastor llevaba enlazado con el báculo episcopal el ramo de olivo; cuando.... entonces, sobre mí desmantelada, indefensa, casi desierta, vomitar fuego!.... Nó, no era esto lo que les decía á los soldados su corazón español; mas gustosos á una brecha se arrojaran, que no asistir friamente al incendio y ruina de infortunada ciudad.

Guardian de mi reposo, protector de mis riquezas, te creía yo; y el lienzo armado de cañones jamás me causara mella, porque asustados tan solo los veía á campos enemigos. Si el pabellon britano asomar columbraba en lejano horizonte; si soberbio con los trofeos de las orillas del Indo y de las playas del Celeste Imperio, parecía recordarme de Trafalgar las aguas, de Gibraltar las almenas; involuntaria mirada daba yo á tus murallas; y ensanchado

el corazón latía de contento, y me decía: «tu defensa está allí.»

¿Qué me importaran las bravas legiones que del Pirene descender pudieran hasta mis llanuras? cuando trabada en mis campos encarnizada lucha, tronará sobre sus cabezas el gigante de las cien bocas de fuego; despavoridos correrán á ampararse á sus trincheras, escondiendo su afrenta.

Si orgulloso retumbar hicieras en festivo día el aire estremecido, tu orgullo era mi orgullo; izaba ufana el estandarte de mis reyes, que alzado en mis naves á la vista de extrañas velas parecía decirles: «escuchad y temblad.»

En mal hora deshojaste tan hermosa ilusión; en mal hora, á codiciosa envidia de extranjeros, cruel placer suministraste, con horrendo espectáculo de mi incendio y ruina; en mal hora, con fúnebres recuerdos enlazaste hasta el estampido de régia gala.

¡Aciago, aciago recuerdo, que otro estampido ha de borrar! ¿Sabes cuál es? Vendrá un día, vendrá un ansioso día, en que montará sobre el horizonte el sol mas esplendente y bello, hermosa aurora matizará el Oriente con delicados colores, y mi pueblo apiñado sobre la muralla, esperará ansioso que llegue á tu cumbre un rayo de oro. Entonces, tronarás como el Etna en sus horas de coraje, y al son de tus truenos danzarán alborozados mis hijos con la misma tranquilidad que el sencillo aldeano al son de la rústica zampoña. ¿Sabes lo que dirán tus truenos? dirán que ha sonado la hora en que la Excelsa Hija de cien reyes se ha sentado bajo el dosel de San Fernando.

Entonces desearas espesa nube que te ocultara á los ojos de la Reina; entonces cuando por vez primera la indignacion encienda el rostro de la inocente Majestad, temblarás medroso en su presencia, y le dirás sumiso: «Señora, no fui yo.» — J. B.

(Número de la Revista correspondiente
á 15 de marzo de 1843.)

MAS SOBRE LA SITUACION DE ESPAÑA.

No es muy difícil atacar las opiniones ajenas, pero sí el sustentar las propias: porque la razon humana es tan débil para edificar, como formidable ariete para destruir. Esto se verifica en todos los ramos del saber humano, y particularmente en política; porque sus problemas á mas de la muchedumbre de datos que han menester, adolecen del inconveniente de cambiarlos á cada paso. Por lo mismo, si en algo cabe tolerancia, es de seguro en política: cuando se combate al adversario, es necesario no olvidar la indulgencia; pues que por nuestra parte, bien pronto nos veremos precisados á pedírsela. Con estas reflexiones bastante damos á entender cuán enemigos somos del hablador empirismo y de la panacea política; en negocios tan arduos y espinosos, quien falla con tono demasiado magistral, quien pretende haber descubierto soluciones generales, llanas y sencillas, es ó un alucinado ó un impostor.

¿Qué interés puede haber en ocultar la situacion críti-